

PUBLICACIONES DEL S. E. M.

ALMERIA



**NOVÍSIMA Y BREVE CRÓNICA DE
LA CONQUISTA DE ALMERÍA Y
SUS TIERRAS POR LOS SEÑORES
REYES CATÓLICOS D. FERNANDO
Y DOÑA YSABEL**

POR

ARTURO MEDINA PADILLA



**LEMA:
ALONSO DONAIRE
1951**

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

R. 1528-A

*Trabajo premiado en el Certamen
convocado por el S. E. M., de Al-
meria en el V Centenario de los
Reyes Católicos.*



PUBLICACIONES DEL S. E. M.

ALMERIA



**NOVÍSIMA Y BREVE CRÓNICA DE
LA CONQUISTA DE ALMERÍA Y
SUS TIERRAS POR LOS SEÑORES
REYES CATÓLICOS D. FERNANDO
Y DOÑA YSABEL**

POR

ARTURO MEDINA PADILLA



LEMA:
ALONSO DONAIRE
1951





PUBLICACIONES DEL S. E. M.

ALMERÍA



**NOVÍSIMA Y BREVE CRÓNICA DE
LA CONQUISTA DE ALMERÍA Y
SUS TIERRAS POR LOS SEÑORES
REYES CATÓLICOS D. FERNANDO
Y DOÑA ISABEL**

POR

ARTURO MEDINA PADILLA



**LEMA:
ALONSO DONAIRE
1951**



NOVÍSIMA Y BREVE CRÓNICA DE LA CONQUISTA DE ALMERÍA Y SUS TIERRAS POR LOS SEÑORES REYES CATÓLICOS D. FERNANDO Y DOÑA ISABEL

Corren los años de finales del siglo XV. El poder musulmán toca ya su agonía en la Península Hispánica. Ya están lejos los días espléndidos de Abderramán y Almanzor de la Córdoba del Califato. Ya están perdidos también, casi en el humo de la leyenda, el refinado preciosismo de los Taifas. Murieron ya las cortes de los Motámid, de los Mactádir, de los Obaid el Becrí, de los Almorácin... Ya sólo queda en pie Granada. Hasta aquí, sólo quedó

Granada. Granada que se miniaturiza en la geometría policromada de su arte nazerí. Granada, que vive aún, no por ella, sino por su circunstancia. A Aragón, en los esfuerzos de la Reconquista, se le puso el freno con el tratado de Almizra y sus miras y sus energías van a otras latitudes y a otras empresas. Castilla se diluye en la transformación de su sociedad caballeresca, violenta y conquistadora, en sociedad burguesa, amanerada, interesada y decadente, y todo ello sobre un fondo negro de intrigas, banderías y ambiciones. Castilla, que hace más de dos siglos que está contemplándose en sí misma y en su pasado, olvidando que su eterna misión,—la de entonces, la de ahora, la de siempre—es, como ha dicho Ortega, la de «potenciar la vida de las otras regiones», es decir, proyectarse hacia la periferia y no abandonarse a un egocentrismo angosto y miope.

A España, esto es, a Castilla, hasta este final del siglo XV, no le había sonado aún su hora definitiva. Aún Castilla no era la espina dorsal de la Península.—Y esto sí que lo vió

claro la genial agudeza del Príncipe aragonés, cuando comprendió que sus altos vuelos políticos sólo podían tener resonancia y vigencia si eran ejecutados desde suelo castellano.—Y he aquí porque estos momentos vive todavía Granada, pero encendida, hace ya tiempo, en aquellas enemistades de Zegríes y Abencerrajes, Alabeces y Gomeles, que habría de relatarnos, en atrayente y romancesca novelaría, el zapatero de Murcia, Ginés Pérez de Hita. Rivalidades y rencores que nos están anunciando una interna y fatal descomposición y que van a explicar la separación rotunda, clara, terminante del reino granadino con los bandos de Abul Hasán y Boabdíl, enemigos entre sí, pero con el mismo odio común, por el momento, a los cristianos. «Ni por esa división, ni por la enemiga grande que había entre el padre y el hijo, é los caballeros de una parte é de la otra, ninguna de las partes quiso recibir ayuda de los christianos, é antes querían padecer la hambre é muertes que recebían que meter christianos en su Reyno» nos dice Hernando del Pulgar, bien enterado de estas

cosas. Pero sólo por el momento este furor antitristiano, porque flaca es la voluntad de Boabdil y mucha la habilidad de Fernando.

Y, sin embargo, todavía hay rincones felices en el reino granadino. Lugares del río Almanzor, Filabres, Alpujarras..., lejos de las tierras de pulso tenso y alcabuz al hombro de las fronteras.

Almería y sus vegas viven un poco de espaldas a las luchas nazeríes. Pero, bien pronto, cuando ya suenan a rebato las fortalezas que atalayan los campamentos cristianos, cuando están cayendo Alhama —¡Ay de mí Alhama!—, Alora, la bien cercada, Coín, Cártama, Ronda, Vélez; cuando Málaga va a sentir, casi en seguida, los pendones victoriosos castellanos hincados en Gibralfaro a pesar del suicida y arrebatado Valor de Hamet el Zegrí, las luchas de Boabdil y, ahóra, del Zagal alcanzan a la antigua corte de Almotacín. Almería y su comarca es el escenario de intrigas, conjuras y muertes entre tío y sobrino. En Almería y su comarca se va fraguando también la división y ruina definitiva del reino de Granada. Los

campos quedan delimitados, las zonas de influencia están ya marcadas y son, ya firmes o vacilantes, la finalidad por la que se lucha. Poca extensión en el dominio de Boabdil: lo que la vista abarca desde las almenas de su Alhambra. En aquellas montañas termina su jurisdicción y en ellas empieza la del Zagal. Pero sus tierras viven en paz exterior, una paz limosnera conseguida a fuerza de humillaciones que graciosamente le concede el sutil conocimiento que de los hombres y sus flaquezas tiene Fernando. No así las del Zagal, sostenido por los príncipes Almayares y por los Venegas, y cuyos territorios de Guadix, Baza, Alpujarras y Almería arrastran la inquietud de las «razzias» de fronteras.

Castilla apunta certera y Fernando e Isabel saben de qué manera han de seguir cumpliendo su cruzada. Es necesario conquistar ahora la parte oriental del reino granadino. Los ecos de la campaña malagueña han resonado en la conciencia de la morisma y muchos lugares se entregarán sin resistencia. Desde Murcia, pasando por Lorca, el Rey Católico toma muchas

fortalezas solamente con su presencia. En esta parte ya no hay tierra de nadie. Pecho a pecho, sin entablar combates de importancia todavía, los dos ejércitos se contemplan. El Marqués de Cádiz, uno de los mejores capitanes de la campaña, con 2.500 lanzas y 9.000 peones entra en Vera sin oposición. De Isabel la Reina tuvo cartas hace días: «Marqués primo: muy gran gloria y placer he recibido con vuestras buenas andanzas y leales servicios...» Y de verdad que ha sido buena la andanza y leal el servicio. Con la entrada en Vera, los alfaquies de Mojácar, Huércal, Cuevas, los Vélez, Oria, Bédar, Cantoria, Lubrín, Uleila, Sorbas, Albanchez, y hasta el de Níjar, se entregan y se ofrecen como mudéjares. Y, si hacemos caso a la simpática despreocupación del autor de las «Guerras civiles de Granada», los tres Alabeces, el de Vera, el de Vélez Rubio y el de Vélez Blanco, suplican al Rey Fernando ser bautizados. «El rey se holgó mucho de ello, y por ser principales caballeros mandó que los bautizase el Obispo de Plasencia». De los tres alcaides serán padrinos tres muy

principales, también, y adelantados caballeros.

Buenos comienzos, por tanto. Alegres vientos corren por los campamentos cristianos. No hay más que seguir y Almería a la vista, Fernando intenta acercarse «por ver su asiento y ponerla cerco». Pero el Zagal vive, atento y vigilante en Guadix. Está allí cuando llegan a él las noticias de la ciudad en peligro. Mil caballos y veinte mil peones, acompañándole, rompen la distancia a Almería, castiga traiciones y endereza voluntades y, junto con la guarnición almeriense, obliga a un repliegue al ejército castellano. Son los días medieros del mes de Junio de 1.488.

El viraje es rotundo. Baza y su huertas es la mira inmediata y decidida de las tropas cristianas. Magnífica ocasión, pues, se le presenta ahora al Zagal para recobrar algunos pueblos perdidos. Níjar ve pasar a cuchillo los escuderos y arqueros que la guarnecen y los moros de Purchena y Tabernas lanzan las puntas de flecha de sus correrías audaces y violentas sobre las fronteras de las tierras de Murcia. Pero todo esto por poco tiempo. Baza y

sus aledaños polarizan de seguida las voluntades de ambos bandos. Fernando e Isabel han entendido que es en Baza donde se ha de ultimar la palabra decisiva. En Jaén convocarán a lo más representativo de la milicia y nobleza de España, y en Jaén concentrarán un auténtico ejército de miles de caballeros, infantes y zapadores. Allí también, en Jaén, el Gran Cardenal Mendoza. Allí, igualmente, el Príncipe Don Juan y las Infantas, los de los tristes destinos, que los hijos que han de ser reyes tienen que aprender la vida en el rigor y en el peligro, de faz a la tierra y en las entrañas mismas del pueblo que han de gobernar. Isabel permanecerá en Jaén ordenando los abastecimientos y Fernando, a la cabeza de sus tropas, se dirigirá a Baza para sitiarla. Su caída habrá de allanar el camino para la posesión de Guadix y Almería. Y de nuevo el Zagal a la brecha. Ha visto claro las intenciones del Católico. La pérdida de Baza sería su fin y éste hay que retardarlo defendiendo aquella. El Zagal sabe muy bien que en Baza se ha de decidir el triunfo o el hundimiento del Islám. An-

te su angustiada llamada acuden hombres y hombres de sus exiguos reinos. Los alcaides de Purchena y Tabernas son los primeros en abrir generosamente la ayuda. De las Alpujarras llegan también mozos tenaces y duros como peñas. Nobles granadinos que escapan de Boabdil. Aventureros sin más norte y guía que ansias de trofeos y de botín. Todos a participar en los avatares de una problemática defensa «que tan cruel é peligrosa foese é tanto durase». Y al frente de todos ellos el primo y cuñado del Zagal, el valiente Cid Hiaya, el hijo de Aben Zelin, *infante de Almería*.

Sitio de Baza, donde moros y cristianos compiten en gallardía y nobleza. Sitio que dura seis meses y veinte días entre brava resistencia y bien dirigido ataque. Sitio de Baza donde los caballeros musulmanes se desafían con los campeones de Isabel en torneos peregrinos y lances novelescos. Sitio de Baza ribeteado de sutilezas agudísimas de Fernando cuando soslaya intromisiones del Gran Turco y ennoblecido con embajadas arrogantes de Cid Hiaya enviando a su sitiador un caballo

con jaecés y esmeraldas. La Reina tiene que venir de Jaén y, en pleno campamento, revisar a sus tropas y clavar el aliento y la confianza en los pechos castellanos. Sitio difícil y emotivo como de romance fronterizo. Fernando puede enviar un día de noviembre al esforzado alcaide bastetano una carta con regusto de gótico florido: «El Rey. Al principal de los moros Yahía Alnayar, caudillo general de Baza y Almería...» E Isabel puede contemplar las fortificaciones y estancias entre escuadrones, admiración y honores de los sitiados, que, al son de chirimías, dulzainas, atabales, rinden lanzas y galas a la graciosa majestad de la reina enemiga. Sitio difícil, pero con final fausto. Negociaciones. Capitulación. Baza ya por los Reyes Católicos y Cid Hiaya, abjurando de su fé musulmíca y entrando al servicio de la Iglesia y de Castilla con el nombre de Don Pedro de Granada, Grande de España y Señor de heredades y haciendas del río Almanzor y de Almería.

Ha caído Baza. Los alcaides de las fortalezas de los Filabres y de Bacaes, de Serón, Taber-

nas, Purchena, prestan pleitesía y vasallaje a sus nuevos reyes. El Zagal, en Guadix, ya es sólo una sombra inclinada de su antigua arrogancia. Cid Hiaya le apremia la capitulación: «Tened confianza en la justicia y generosidad de los Reyes de Castilla y Aragón y esperad más de ellos que de la fortuna que se os ha declarado adversa....» Un alfaquí, Abdalá Solimán, llevará, un día 10 de Diciembre, sus poderes para la entrega de Almería. La cesión se haría a los veinte días contados a partir de la jornada tercera del mismo mes. Por una parte, seguridad de personas y bienes, respeto de leyes costumbres y ritos, y por otra, que, por concesión generosa, venía a ser la misma, señorío del valle de Lecrín, dos mil mudéjares por vasallos, cuatro millones de maravedís y otros privilegios al ya amigo, aliado e impotente Zagal.

Ahora ya, hacia Almería en un invierno penoso y hosco. El frío es grande y los vendavales hostigan los montes escuetos, esenciales que conducen a la ciudad. El camino es largo y hay que aprovisionarse bien y abundante.

mente, porque el Rey ha dado inflexible orden de respetar árboles y caseríos. El Rey sabe muy bien lo que hace. El ejército se dividirá en tres cuerpos. A la vanguardia, las banderas del Conde de Tendilla hermanadas ya con las lanzas del que hasta ahora fué Virrey de Baza, Cid Hiaya. En la retaguardia, y a un día de retraso, Isabel, «blanca é rubia», rodeada de la futura reina de Portugal, su hija, de Mendoza, el Cardenal y del confesor de los buenos consejos, Talavera: grupo de paz, de concordia y de equilibrio. En el centro, nervio acerado de la conquista, el Rey Fernando, «rostro bien compuesto, cabellos prietos é llanos», a caballo, y con él lo más granado de la nobleza española y los ojos agudos y la pluma limpia de Pedro Mártir de Anglería

Ha sido un acierto colocar en la frentada de las tropas el prestigio de Cid Hiaya. Purchena y otras poblaciones se entregan sin pedir cuentas y sin oposición. El paso de los Filabres se hace con dificultad: hay mucha nieve en los montes y el frío mata a hombres y a acémilas. Sus cumbres les parecen «tan altas

como el cielo» y están blancas y destertas. Las gentes se pierden y el Marqués de Cádiz ha de encender en los picachos grandes hogueras, luminarias de descarriados y referencias de fe. Pronto ya en los llanos de Tabernas que abre sus puertas al ejército cristiano. Allí se acampa y hacia allí caminan noticias de nuevas rendiciones: Fiñana, Abla, Abrucena, Gérgal están ya bajo la potestad de los Católicos Reyes. Caen villas y lugares como frutas maduras en las manos de Fernando e Isabel. Y a Tabernas llega también un heraldo del Zagal que trae el acatamiento conformista del rey vencido para el rey vencedor.

Fernando hace avanzar sus campamentos hasta las proximidades de la plaza. Es el 21 de diciembre cuando en las tierras cercanías de la ciudad presentida laten, por primera vez desde los tiempos del Emperador, Castilla y un ejército cristiano. El Zagal, ahora en Almería, quiere conocer a Fernando y éste, enterado de la próxima arribada, sale a su encuentro con los caballeros de más elevada condición de su guarda, el Maestre de Santia-

o Don Alonso de Cádenas a su derecha, a su izquierda, el Marqués de Cádiz. A tal señor, tales honores. Una fastuosa comitiva se adelanta. Por orden del Rey se despacha en busca del monarca destronado al Comendador de León Don Gutierre de Cárdenas para que, juntos con otros nobles, le presten y rindan escolta de protección y homenaje. El Zagal, elevada estatura pálido, melancólico y pausado, ha descabalgado y viene a pié con sus caballeros a besar la diestra de Fernando. Cree que es condición de la derrota la carencia de merecimientos. Pero no lo entiende así el rey cristiano, que no le acepta tal humillación. Y ante su negativa, el moro, a la usanza de su raza, besa su propia mano «como hacían en presencia de sus soberanos los caballeros musulmanes». Las crónicas nos dicen que un sayo oscuro de lana y un albornoz cubrían su cuerpo y un turbante blanquísimo como los minaretes de Almería ceñía su cabeza. Un intérprete eslabona entre los príncipes obediencias y cortesías. Fernando se inclina desde encima de su caballo y en presencia de todos,

españoles y musulmanes, abraza, magnánimo, al moro valiente en un rasgo de generosidad y comprensión, que España habría de repetir en otros climas y en otras épocas. Entonces lo «face cabalgar en su caballo», lo coloca a su izquierda, «é así fué fasta donde el Rey paró». Hasta el pabellón real del campamento cristiano. En vajilla de oro, sólo los dos príncipes sentados, es ofrecida al Zagal una ligera comida en presencia de manjares, licores y abundancias, porque eso es lo cortés cuando se invita al amigo. D. Alvaro de Bazán y Garcilaso de la Vega sirven, ceremoniosos y etíquetos, al rey moro su convite. Terminada la comida, el Zagal decide retirarse a la ciudad para preparar su entrega. Palencia nos cuenta que una escolta formada por el Marqués de Villena, el Comendador Don Gutierre de Cárdenas, el Conde de Cifuentes y Don Luis Portocarrero acompañan al Zagal hasta las mismas puertas de Almería.

Al día siguiente, el 22 de Diciembre, miércoles, el Rey moro entrega al Rey Don Fernando las llaves de la ciudad de Almería en

el lugar que se llamaría más tarde el Humilladero, con todas sus huestes, fortalezas y puertas. Por ellas penetran en la ciudad los Tovarés, Santisteban, Fernández de Córdoba, Ayalas, Galeras, Carrillos, Torrecillas, Perceviles, Sotomayores, Carvajales, Alarcones, Mazas, Quiñoneros, Cazorlas..., que recorren jubilosos recintos y barriadas y miran curiosos las calles y casas que han de poblar con sus apellidos ya almeriensesísimos. Un hombre grueso y bermejo, de mediana estatura, tremola el pendón real desde lo más alto de la Alcazaba. Es Gutierre de Cárdenas, Comendador Mayor de León y primer comendador de la ciudad de Almería. Abajo, una población cohibida todavía aguarda la entrada de los Reyes victoriosos.

Es el 23 de Diciembre del año de gracia del 1.489. El ejército cristiano entra dividido: el Rey por los Callejones; la Reina, después, por el barranco del Caballar. Desde la altura de los cerros ambos monarcas piensan en la ciudad blanca que tienen a sus pies. Almería, «otoño perpetuado», limpia, fuerte y entera,

espera sin resistencias y esperanzada. Ya no es Zagal rey de Almería. Por sus calles pasan ahora Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, serenísimos Reyes de España. Confluyen en Almería por distintos caminos y ahora, juntos, respiran el mismo cielo y oyen la misma misa. «Fueron Rey é Reyna juntos por Dios escogidos, por él ayuntados, que juntamente así ayuntados, que reinaron é gobernaron treinta años é aunque en cuerpo dos, en voluntad é unión eran uno sólo». Su voluntad y unión convergiendo en Almería, y por ellas sintiendo la ciudad, en su esencia íntima, otros nortes y otras maneras. La Almedina, la Judería, la Alhadra, la Alhísana ven desfilar cruces y oyen cantos castellanos. Los baños públicos, las mezquitas, los talleres de pintura y orfebrería, los hornos de cerámica, la Alcaicería, las fábricas de tejidos sienten en sus paredes tambores y trompetas templados en otros signos.

Los Reyes permanecerán unos días en Almería. Harán ejercicios de montería y caza y un Alonso Donaire se echará a la mar tras un

lobo acosado y nadador. Y una convivencia apacible entre reyes católicos y príncipes moros. Y un preocupar constante por los negocios de las nuevas tierras. Hacia Almuñecar, Salobreña y la fertilísima Alpujarra se mandan alcaides y guarniciones. «Fornecer de gente a la cibdad de Almería, de armas é pertrechos é mantenimientos, é de las otras cosas necesarias a la gente que en ella dexarán por guardar, luego seguro a todos los moros de la cibdad... é prometer que no les sería fecha fuerza ni agravio en sus personas, ni en la posesión de sus bienes; é consentir que fuesen juzgados por sus alcaides, según sus fueros é costumbres antiguas». Los moros jurarán por el Creador alto y por las virtudes de su Alcorán, que serán «leales siervos é súbditos del Rey é la Reina, é que cumplirán sus cartas é mandamientos, é las de aquellos que su poder oviesen, é les acudirán cada año con todos los derechos é tributos que son debidos al Rey, según lo acostumbraban a pagar a los Reyes de Granada. E que esto complirán cesante todo engaño é pensamiento que lo pudiese revocar».

Almería encuadrada, pués, en nuevos ordenamientos y ordenanzas. Almería empezándose a empapar de un nuevo modo de ser La Mezquita Mayor ya no será mezquita. Será la Iglesia de la Encarnación, y a su sombra y bajo su amparo un acomodar el viejo y aún presente molde al nuevo espíritu. En la diana del nuevo amanecer castellano Almería tiene bien ganada también la confirmación de su escudo que, allá por el año 1147, le había otorgado Alfonso VII el emperador.

Y cuando pocos días después, pasada la Pascua, a 29 días del mes de diciembre, los Reyes Católicos partan en dirección a Granada para ofrecer a Boabdil Purchena por la Alhambra, podrán ver, a poco que vuelvan la cabeza, los pendones reales y los gallardetes victoriosos recortarse, como en alegre despedida, en el azul violento de Almería.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFIA

Sería pedantesco y, al mismo tiempo, está lejos de mis posibilidades reseñar una bibliografía de tono exhaustivo sobre la conquista de Almería por los Reyes Católicos. No obstante, señalo unos cuantos libros y trabajos que tienen un particular interés para una más amplia comprensión del tema tratado. He añadido, dada la índole de estas notas, una cortísima bibliografía sobre Fernando e Isabel orientada hacia la infancia, aunque estos libros hablen muy de pasada—o no hablen—de la conquista de nuestra ciudad.

Hernando del Pulgar: «Crónica de los Señores Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel».—Bibl. Aut. Esp. LXX.—Rivadeneira, Madrid 1878.

Andrés Bernaldez: «Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel».—Bibl.

Aut. Esp. LXX.—Rivadeneira, Madrid 1878.

Gabriel Pascual Orbaneja: «Vida de San Indalecio y Almería ilustrada».—1698.

Francisco Henriquez de la Jorquera: «Anales de Granada». Publ. de la Univ. de Granada, 193.

Alonso de Palencia: «De bella granatense».

Pedro Mártir Angleria: «Opus epistolarum».

Miguel Lafuente Alcántara: «Historia de Granada», tomo IV.—Imp. «El Defensor de Granada», Granada 1907.

Ginés Pérez de Hita: «Guerras Civiles con Granada», Imp. «El Defensor de Granada», Granada 1900.

Anónimo: «Historia de los hechos de Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz», tomo CVI de la Colección de Documentos inéditos, Madrid 1893.

Juan Antonio de Benavides: «Nuestra Señora del Mar y conquista de Almería», ed. y notas de F. Castro Gutsasola, Almería, Imp. Belver, 1934.

César Silió Cortés: «Isabel la Católica», Valladolid Imp. Santarén 1938.

Fernando Ochotorena: «Almería por los Reyes Católicos», art. publ. en el diario «Yugo» 22. Abril. 1951.

Joaquín Santisteban y Miguel Flores González Grano de Oro: «Historia cronológica y biográfica de Almería».—Almería, Imp. Pelaez, 1927

Id. Id. : «Descripción de Almería durante la dominación árabe» en «Privilegio o Fuero concedido a la Ciudad de Almería», Almería, Tip. Emilio Orihuela, 1931

Para la transformación de la Mezquita en Iglesia Catedral

Miguel Boleas y Sintas: «Episcopologio e Historia de la Diócesis de Almería», inédito. (Interesante también para el Pendón de la Ciudad)

«Estatutos de la Santa y Apostólica Iglesia Catedral de Almería Imp. de La Independencia, Almería, 1911

Jerónimo Münzer. «Itinerario Hispánico», trad. de López Toro, pról. de Gómez Moreno, Madrid 1951

F. de Castro Guisasola: «La Mezquita Mayor y Catedral antigua de Almería», Almería, Tip. Pelaez, (s. a.)

Estas últimas obras, junto con otras que no indico, nos dan algunas noticias sobre el ordenamiento de la ciudad a raíz de la conquista, pero los auténticos detalles de esta época, hasta ahora inéditos, se encuentran en el Archivo de nuestro Ayuntamiento.

Literatura Infantil

Fernando Díaz Plaja: "Cuando las grandes mujeres eran niñas," Barcelona, Olímipo, 1942.

Concha de Salamanca: «Doña Juana la Loca', Madrid, Aguilar, (s. a.)

Carmela Eulate Sanjurjo: «Isabel la Católica», Barcelona, Araluce, (s. a.)

Lys Santa Martina: «Vida de Isabel la Católica», Barcelona, Seix Barral 1941

Luis de Armistán: «Fernando el Católico. Primer Rey de España», Madrid Boris; 1944.

